

# Ely, simplemente Ely

María Guadalupe Galaviz Fernández

Agradezco a mi amiga Elizabeth  
por autorizarme a narrar el testimonio de su vida.

Esto es lo que me contó:

El día había estado nublado y caluroso. Al caer la noche, en aquella vieja casa en el municipio de Petatlán, Guerrero, se encontraba Juan Cadena (mi padre biológico), mis tías Gabriela y Juanita, y la partera Jovita, que con evidente nerviosismo le acariciaba la frente a Etelvina (mi madre biológica), para calmar un poco los dolores del parto que estaba por suceder. De pronto, un estruendoso rayo iluminó la habitación, y tras él cayó una lluvia torrencial. Afuera, en el quicio de la puerta, se escuchaban los gemidos de un perro que, completamente mojado, suplicaba que lo dejaran entrar. Se oyó entonces un alarido de dolor: mi madre había parido y yo llegaba a este mundo en contra de su voluntad, pues embarazada de mí, Etelvina se enamoró de Francisco, un trabajador del aserradero.

Francisco le pidió a mi madre que abortara y ella lo intentó dos veces sin lograr sus negras intenciones (gracias a Dios), para luego irse con él.

Después de cierto tiempo, Etelvina decidió llevar a Fermín, mi hermano mayor, a casa de mi abuela materna, María de Jesús, y de Jesús Barragán, su esposo, y a mí me dejó en una hamaca en la casa de adobe donde había vivido con mi padre. Graciano, un vecino del lugar, pasó cerca de la casa y escuchó el llanto persistente y desesperado de un bebé. Tocó a la puerta, y como nadie salió, la empujó con fuerza y entró. ¡Cuál no sería su sorpresa al descubrirme, a mis nueve meses, colgando del cuello entre los hilos de la hamaca, toda amoratada, a punto de la asfixia, batida en mierda y sin comer! Corrió hacia mí, me levantó en brazos y sólo pensó en llevarme con mis abuelos, que vivían a dos cuadras en la misma calle.

Mi padre se encontraba pescando, actividad que era su fuente de ingresos, y cuando esa tarde regresó a casa, ya no encontró a

Etelvina ni a Fermín ni a mí. Mi madre había huido con su amante.

Afligido, mi padre anduvo averiguando por el lugar si alguien sabía de sus hijos, pero nadie le dio razón, hasta que finalmente se dirigió a casa de mis abuelos para preguntarles si sabían de nuestro paradero. Mi abuela dijo que ellos no sabían nada, que se olvidara de sus hijos y se largara a hacer su vida, pues era un bueno para nada.

Mi padre, desconfiando de mi abuela, siguió insistiendo en que le entregara a los niños, pero jamás logró convencerla. Desesperado por la pena y para olvidar lo que estaba pasando, se fue de Pe-tatlán. Por eso jamás lo conocí, y crecí creyendo que mis abuelos eran mis padres.

Cuando Jesús Barragán se unió a mi abuela María de Jesús, él ya tenía cuatro hijos: Miguel, Carmen, Felipe y Genoveva, de su matrimonio anterior, y mi abuela tenía a Etelvina, mi madre, su única hija. De toda esa familia, Genoveva se encargó de darme ciertos cuidados, como cambiarme los pañales y alimentarme.

Durante mi infancia viví en medio de insultos y golpes por parte de mi abuela: “¡Chamaca prieta, pendeja, ojos de mabolo tierno!” (así se llama a los pájaros recién nacidos); “ojos de teque-reque” (renacuajo), como un insulto a mis grandes ojos; “¡ponte a planchar, malagradecida! Si no haces lo que te digo, te va a llevar el diablo”, y saliéndose al patio trasero, mi abuela aventaba piedras al techo; cuando las piedras iban cayendo, me decía: “¿Oíste? Ésas son las pisadas del diablo que ya viene por ti”. Asustada, corría a esconderme donde podía, pero más tardaba en hacerlo, que mi abuela en encontrarme y sacarme a bofetadas de mi escondite atizándome tremendos golpes.

De niña, mis diversiones consistían en irme al río, aprovechando cuando tenía que hacer los mandados. Jugaba con el agua metiendo los pies (por cierto, siempre descalzos); me gustaba atrapar alguna ranita indefensa, caminar entre montes y piedras y correr tras las mariposas; sentada en un peñasco imaginaba figuras de animales en las nubes y disfrutaba de respirar el aire fresco del campo. En

ese entonces mis únicos amigos fueron el río, el mar, los árboles y el viento que acariciaba mi rostro, sin duda las únicas caricias que podía sentir. Aquella sensación de libertad me daba la certeza de que quizá, algún día, me alejaría de mi abuela que tanto me maltrataba. Tan sólo era un pensamiento fugaz que cruzaba por mi mente a mis seis años de edad. El corazón me latía deprisa cuando me daba cuenta de que ya me había tardado y de que, al regresar a la casa, mi abuela me recibiría con golpes e insultos.

A mis escasos siete años vi cómo mi abuelo, en defensa propia, mató a un tipo de apellido Méndez, quien en una riña intentaba quitarle la vida a uno de sus hijos, no recuerdo bien si a Felipe o a Miguel, y se llevaron a la cárcel a mi abuelo.

Mi abuela acostumbraba llevarle comida los días de visita, pero en una ocasión me encomendaron a mí la tarea. Al llegar al penal, un custodio me preguntó quién era yo: “Me llamo Elizabeth y le traigo la comida al señor Jesús Barragán”. Segundos después, me quitó la canasta y me dijo que él se la entregaría, me tomó de la mano y me condujo a un cuarto lúgubre y de olor repugnante. Dejé la comida por ahí, me aventó sobre un camastro sucio, se me echó encima y me violó brutalmente. Cuando el infame aquel me soltó, rompí en un llanto incontenible y salí corriendo desfavorida. Huí sin detenerme hasta llegar al río y sumergí mis piernas para lavar la sangre que escurría entre ellas. No supe cuánto tiempo pasó, pero al llegar a casa fui nuevamente golpeada con fuerza por mi abuela debido a mi tardanza.

Al cabo de un tiempo, mi abuelo quedó libre al comprobarse la legítima defensa, y decidió entonces que nos iríamos a vivir a la ciudad de México por una temporada. Estuvimos allá algunos meses, y posteriormente regresamos a Guerrero, pero ahora al municipio de Tecpan de Galeana, donde vivimos por poco tiempo y donde empecé mi primaria.

En la escuela sufrí el constante acoso sexual de uno de los maestros. Creyendo que podía confiar en mi abuela, alguna vez le conté

lo que me pasaba, y sin dar crédito a mis palabras, me insultó una vez más: “¡Cállate, niña mala, embustera! ¡Mentirosa!”, y para variar me golpeó con toda su rabia. Al ver que lloraba, me dijo: “¡Si sigues llorando, te voy a pegar más fuerte!”, y me ordenó que me pusiera a planchar la ropa de mi hermano Fermín. Para colmo de mis males, quemé una de sus camisas y, de castigo, al día siguiente me mandaron a la escuela sin desayunar y sin dinero para gastar en el recreo.

Por la noche me moría de hambre, así que le pedí a mi abuela que me diera algo de comer. Se negó, no obstante las súplicas de doña Toña (madre de mi abuelo, que también vivía con nosotros) para que me permitiera cenar. Aprovechando un descuido de mi abuela, me subí a un banco para alcanzar la panera que estaba arriba de la alacena, pero con tan mala suerte que la crinolina se me atoró en uno de los clavos y caí trayendo conmigo el mueble aquel, y con éste una vajilla fina que le habían regalado a mi abuela y que se hizo pedazos. Fue tal su enojo que, sin hacer caso de mis brazos y piernas raspadas y de la sangre que salía de mi cabeza descalabrada, agarró un cincho y me dio unos veinte azotes. No conforme con esto, enredó en un palo un trapo que mojé con petróleo y, prendiéndole fuego, me quemó los pies, porque, según ella, solamente de esa manera yo aprendería a obedecer. Y me mandó a dormir sin cenar.

Al día siguiente amanecí con temperatura, y aun así mi abuela me ordenó lavar la ropa en el río, con tres untos y tres soles (lavarla tres veces y asolearla otras tantas), hasta que quedara completamente blanca.

Cuando la ropa estaba en el tercer sol, aproveché para bañarme en el río, pues de esa manera no sentía el cuerpo tan caliente por la temperatura. Pasaron las horas y a lo lejos escuché que una señora me gritaba: “¡La corriente está subiendo!”, así que salí del agua, recogí la ropa y regresé muy cansada y aún con temperatura. Cuando llegué a la casa, mi abuela sólo atinó a decirme: “¡Tú ni te alivias ni te mueres, nomás estás chingando!”

Tiempo después, ya para comenzar la secundaria, regresamos

a Petatlán porque mi abuelo tenía una huerta que atender. En esa etapa se acentuó mi deseo de irme de la casa, donde nunca me sentí feliz. Cuando le comentaba a mi abuelo mis intenciones de huir, me contestaba que si mi abuela se enteraba, me mataría.

Empecé a tener conciencia de mi realidad. Aparecían una y otra vez aquellos pensamientos de liberación y cuestionamientos sobre quiénes podrían ser mis padres, pues con frecuencia escuchaba a mis padrinos de bautizo o a los vecinos del lugar preguntarle a mi abuela dónde estaban Juan y Etelvina; ella, con señas, les pedía cambiar de tema porque estaba yo presente. Cuando alguna vez se me ocurrió preguntarle por qué mis padrinos no les llamaban compadres a ella y a mi abuelo, me respondió con un bofetón.

Así transcurrió mi adolescencia, con dolor en mi corazón por la falta de amor y cariño, desconociendo mi verdadera identidad y soportando desprecios y humillaciones, como ganarme el alimento haciendo los quehaceres de la casa y trabajos en la huerta o comer en el patio. Mi hermano Fermín recibía un trato distinto, pues por el sólo hecho de ser hombre comía en el comedor, primero que yo; si no quedaba satisfecho y pedía más, le servían mi parte; no tenía obligaciones y su mayor diversión era molestarme. Si me defendía, me acusaba con mi abuela y recibía yo los consabidos castigos, mientras él se burlaba riendo a carcajadas y haciéndome señas con las manos como tocando un violín.

Al terminar la secundaria, decidí irme de la casa definitivamente, sin dinero, sólo con la ropa que traía puesta y unos cuantos libros. Caminé hasta la carretera y, por fortuna, aparecieron unas personas que se dirigían a Zihuatanejo y me dieron un aventón. Me preguntaron que dónde me dejaban, y pedí que en la Central de Autobuses. Una vez ahí, me senté en la banqueta a pensar cómo compraría un boleto para ir a Arteaga, Michoacán, si no traía dinero. En eso estaba, cuando vi venir hacia mí a las hermanas Mendoza, conocidas mías. Cuando quisieron saber qué hacía ahí, les contesté: “Quiero ser maestra y voy a estudiar en la Normal de Maestros en

Arteaga, Michoacán". Entonces Lupe me dijo: "Falta una semana para iniciar los cursos y, curiosamente, yo también voy a estudiar ahí". Se dieron cuenta de mis condiciones económicas y me ofrecieron todo su apoyo. Insistieron en que me fuera con ellas, y finalmente nos trasladamos a Arteaga. Una vez ahí, nos instalamos en una pensión para estudiantes y compartí el cuarto con Lupe Mendoza.

Cuando quise inscribirme en la Normal no me admitieron. Al poco tiempo estalló una huelga promovida por los estudiantes de tercer y cuarto grado, inconformes porque retirarían el apoyo económico y las becas, y porque corría el rumor de que cerrarían la escuela y reubicarían a todos los estudiantes. El grupo de rechazados nos unimos a la causa para ver si junto con ellos conseguíamos ser admitidos. Como me hice popular y había hecho amistad con mis compañeros, fui elegida como líder para encabezar esa huelga.

Empezamos a entrevistarnos con las diferentes dependencias de gobierno, sin obtener nada. Ante la negativa, secuestramos camiones, hicimos pancartas con diferentes demandas, tuvimos enfrentamientos con las autoridades del plantel y del gobierno municipal, motivo por el cual nos detuvieron y nos llevaron presos a Pátzcuaro. Después de veinticuatro horas nos sacaron para trasladarnos al penal de Morelia. Durante la segunda noche, escuchamos ruido de camiones que llegaban con otros compañeros, quienes con gritos e insultos entraron abruptamente a la Penitenciaría para exigirle al encargado que nos dejara en libertad. Entre atropellos y empujones, salimos huyendo rumbo a la Normal de Tiripetío, Michoacán. En el trayecto alguien gritó: "¡Píquenle, que ya vienen patrullas atrás!" Bajamos de los camiones y continuamos la huida corriendo y saltando bardas. Se escucharon disparos y una bala me dio en el hombro. Herida, escuché las voces de mis compañeros que decían: "¡Se nos va! ¡Traigan a un médico! ¡Pronto!" Finalmente, me dieron atención médica y salí bien librada de ésta.

Después decidimos irnos a la ciudad de México, pero en el camino

nos encontramos unas patrullas que nos desviaron a Tenerife, Estado de México. Ahí, volvimos a ser sorprendidos por estudiantes de la Normal Nacional de Maestros que estaban en contra de nosotros, y uno de ellos arremetió contra mí, hiriéndome en la pierna con una navaja.

Aun así, en la madrugada del día siguiente partimos hacia el Distrito Federal para llevar nuestro pliego petitorio a Los Pinos. Solicitamos hablar con el que en 1979 era el presidente de la República. Los otros líderes estudiantiles me escogieron a mí para tomar la palabra. El presidente nos recibió y de mala manera nos dijo que nos fuéramos, que éramos unos revoltosos, y que si continuábamos con la causa, nuestras familias pagarían las consecuencias. A mí, en particular, me dijo que daría órdenes para que en ninguna Normal del país me permitieran el ingreso y me cerraran todas las puertas por considerarme persona conflictiva.

Desalentada y con el ánimo por los suelos al ver frustrada mi ilusión de estudiar la carrera de maestra, decidí regresar a Zihuatanejo, Guerrero, donde logré entrar a una escuela técnica en la carrera de administración de empresas turísticas.

Durante el tiempo que viví con las Mendoza, aprendí el oficio de la costura y les confeccionaba todo tipo de ropa para retribuir los gastos que hicieron por mi hospedaje y alimentación. De esta misma manera me costearía la carrera que iniciaba.

En el primer semestre obtuve una beca que me ayudó a sufragar mis estudios, también fui nombrada jefa de grupo y logré estar en el cuadro de honor, destacando además en volibol, basquetbol y natación.

Con esto me di cuenta de que mis esfuerzos eran recompensados con el reconocimiento de mis compañeros y maestros, de que era capaz de sobresalir y conseguir lo que me propusiera, pero al mismo tiempo me invadía una enorme tristeza por no tener una familia para compartir lo que tanto me llenaba de orgullo.

Al terminar la carrera e iniciar los trámites para obtener mi cédula profesional, rechazaron mi acta de nacimiento por falsa. Fue en-

tonces cuando supe la verdad de mi vida. Comencé a indagar y me enteré de que mis padres me habían abandonado, situación que mi abuela siempre me ocultó.

Mi cabeza daba vueltas. ¿Quiénes eran mis padres, entonces? Y aunado a eso, ¿cómo era posible que no obtuviera el título profesional después de tantos esfuerzos?

Lloré durante mucho tiempo, rompí los papeles del trámite de titulación para desahogar así mi frustración y, por supuesto, fui a la casa de mis abuelos a pedir una explicación. Con la acostumbrada actitud de mi abuela, no pude obtener respuestas, pues se quedó callada. Mi abuelo, como siempre, la apoyó.

De regreso en Zihuatanejo, comencé a trabajar en el ámbito hotelero en el año de 1982, pero aquellos recuerdos dolorosos de mi infancia, no conocer mi origen, ni la razón por la que me habían abandonado, me hicieron caer en el alcoholismo por más de cuatro años.

Eso sí, nunca dejé de ser responsable en el trabajo y envié ayuda económica a mis abuelos hasta el día de su muerte, pues, a pesar de todo, fueron la única familia que tuve.

Cuando trabajaba en un hotel, el gerente general, que me apreciaba mucho por mi desempeño laboral, me regaló la Biblia de los alcohólicos y me invitó a asistir a Alcohólicos Anónimos. Al mismo tiempo, comencé una gran amistad con María Luisa, una compañera del hotel, y gracias a su inmensa ayuda moral y el apoyo del gerente decidí acudir a las juntas y logré superar mi enfermedad.

Transcurridos ya dieciocho años en el ámbito de la hotelería, empecé a estudiar masoterapia (drenaje linfático manual), motivada por una compañera que se desempeñaba como masajista y que siempre me decía que yo tenía manos de sanación, que si aprendía el oficio, ayudaría a mucha gente. Eso cambió mi visión y misión en la vida.

Me fui un tiempo a Loreto, Baja California, para trabajar y estudiar las diferentes técnicas del masaje holístico y de relajación. Cuando estaba allá, recibí la noticia de que mi hermano Fermín estaba muy

grave. Viajé a Guerrero para despedirme de él. Finalmente murió y regresé a Loreto para continuar con mi trabajo. El ambiente místico y pacífico del lugar, además de los conocimientos que estaba adquiriendo, me ayudaron a perdonar a mis padres, a mis abuelos y a reconciliarme conmigo misma.

Actualmente laboro en un importante centro deportivo de la República, donde doy masajes a las usuarias: en mis horas libres atiendo en mi casa y a domicilio. A la fecha continúo capacitándome, pues mi próximo objetivo es tener mi propio SPA.

Recientemente estuve en mi lugar de origen, en Guerrero, y al contemplar las aguas del río y el mar, testigos de mi infancia y adolescencia, y al recordar aquellos tiempos de vicisitudes y hostilidades, me pregunté cuál habría sido la fuerza que me ayudó a salir adelante. La respuesta que encontré fue mi gran fe en Dios y la vida, con la que pude hacer frente, con valor, a todos los acontecimientos desagradables que viví.

En este momento doy gracias a Dios por haber logrado encontrar mi camino y desarrollarme como persona productiva. Ahora sé que carece de importancia si me apellido Pérez, Gómez o López, porque cuando mi entrañable amiga María Luisa, su familia —a la que considero como mía—, mis amigos y compañeros de trabajo se dirigen a mí como Ely, simplemente Ely, eso me basta y me hace feliz. Esta historia que me contó mi amiga me hizo pensar que, a pesar de los acontecimientos que cada ser humano experimenta en su vida, siempre hay la posibilidad de encontrar la fuerza y la voluntad para cambiar su destino.

